

A Joaquín Gutiérrez,
esta imitación de su vida.

después de varios años de estiras y encoges propios de nuestro idiosincrático Parlamento. El hecho viene detrás de lo que la Historia verdadera escribió sin vuelta de hoja: Manuel Mora Valverde es uno de las personalidades cruciales en el siglo XX costarricense y un político reconocido en el continente. Publicamos un cuento inédito del escritor Carlos Cortés —cuyo protagonista es Manuel—, que se dio a conocer primero en francés en la antología *Déluges de soleil*.

LA BREVE GUERRA CIVIL DEL

CAMARADA MORA

Tenía menos de 20 años y era comunista, tenía un cuaderno de poemas que yo me ilusionaba pensando que emulaban los de García Lorca y estaba embriagado por el anhelo de salir por primera vez de Centroamérica y sentirme el dueño del universo como “niño genio” en el campeonato mundial de ajedrez de 1936, en Buenos Aires.

Mis padres me habían regalado un poco de dinero para los pasajes y los gastos y, en vez de volver al Caribe, al terminar la competencia, quería escabullirme hasta Europa. Pero el pasaje, la plata y la cuerda se agotaron exactamente en la entrada de la bahía de Nueva York, donde además me topé con la noticia de la guerra civil española y el movimiento de tropas en el continente.

Un año después aún seguía ahí y trabajaba para *The Masses*, el periódico que publicaba el Partido en Greenwich Village. De algo me habría de servir el inglés que aprendí entre los negros de Jamaica y con Mrs. Helhorn en el *kindergarden*.

Un día de invierno de 1937 entré a la redacción y en el bullicio de las Underwood me crucé casi con descuido con un sombrero que creí reconocer y unos gruesos anteojos de carey que, sin duda, distinguí instantáneamente. Manuel se había escapado de Costa Rica sin permiso de nadie, ni del Partido, ni del Congreso, donde era diputado, ni de la Presidencia de la República, que tenía que autorizar el acuerdo legislativo y lo había declarado en rebeldía y llegaba a Nueva York para enlistarse en la brigada internacional que zarpaba en unos días rumbo a Barcelona, a España y a la guerra civil.

Lo abracé emocionado y aguardamos juntos a que lo recibiera un camarada de la Liga Obrera con el que esperaba reunirse e iniciar los preparativos del viaje. Manuel había fundado el partido comunista a los 22 años y a pesar de que solo me llevaba una década de delantera en la vida, nunca pude verlo como el viejo que siempre fue y entre nosotros nació una genuina y entrañable amistad.

Tal vez por haber sido el primogénito de una familia pobre de doce hermanos, con un padre enfermo y una madre valerosa, y haberse quedado abruptamente sin infancia, Manuel tenía siempre esa expresión severa y pensativa. Si bien no existía ninguna barrera entre nosotros, al principio era difícil sobrepasar la concentración que se acumulaba en su rostro, o en su ceño alerta, y que contribuía a endurecerlo, quizá exageradamente, hasta el borde de la seriedad.

Yo admiraba su talento para la lucha y su voz, puesta al servicio de la misma causa, pero en el transcurso de los años no puedo dejar de admitir que su rasgo más humano, tal vez impensable en un líder de sus cualidades, y que lo diferenció siempre de sus contemporáneos y compañeros de partido, fue su ingenuidad. A la sagacidad política conjuntaba sutil y secretamente una gran ingenuidad para la vida. Para la vida pura y dura de todos los días.

No hablaba inglés, por supuesto, pero en ese tiempo pensábamos que el único lenguaje

tal vez
impensable en un
líder de sus
cualidades, y que
lo diferenció
siempre de sus
contemporáneos
y compañeros de
partido, fue su
ingenuidad. A la
sagacidad política
conjuntaba sutil y
secretamente una
gran ingenuidad
para la vida. Para
la vida pura y
dura de todos los
días.'

universal era la lucha de clases que nos hermanaba a todos y no le fue difícil darse a entender en las entrevistas que mantuvo con los *compañeros* de Estados Unidos, a quienes tratábamos de “camaradas”, como era normal en la época, y no de “yankis hijueputas”, como también era corriente. Apenas tres años antes Somoza había asesinado a Sandino por órdenes de Washington.

Pero al cabo de aquel día, que siempre recordaré entre los más hermosos de mi vida, invariablemente los camaradas terminaban comentándome lo mismo: “El proyecto es absurdo. ¡Es miope! No puede sin anteojos. Es un hombre de pensamiento, no de acción. Desembarcando en España será muerto incluso por alguno de los rojos”.

Y a mí se me encomendó la difícil misión, nada sencilla, de decirle que no a Manuel Mora; al camarada Manuel Mora; de explicarle que los “compañeros americanos” se oponían a su empresa; que por bien suyo no fuera; que nadie estaba de acuerdo en ayudarlo, ni en España ni en Estados Unidos; que tendría que devolverse por donde vino, con “el rabo entre las piernas”; que aquí está tu pasaje de vuelta.

Al final de la última reunión Manuel me esperaba en el pasillo, sentado en una banca de madera con el *borsalino* entre los dedos y aguardando como el niño viejo que era una decisión que, se inclinara de un lado o de otro, cambiaría totalmente su destino. Ahora pienso que Manuel deseaba integrarse a la historia grande y vivir la aventura mundial que todos añorábamos emprender todavía en ese tiempo, cuando el horror de la Segunda Guerra Mundial no se nos había venido encima; pero que si así hubiera sido probablemente no habría alterado la pequeña historia del país y de Latinoamérica, como lo hizo cinco años después. ¿Era mejor haber muerto en la gloria de Teruel, soldado desconocido de la revolución, que en la historia de una nación sin historia, como reformista?

Salí de la oficina principal de la Liga Obrera, en el Village, y Manuel seguía ahí, esperándome en uno de esos ataques de soberana seriedad que podían durarle días enteros. Había llegado por barco un día antes, y aún sin saberlo tendría que irse un día después. No conocería “la gran ciudad”, que era como un mito para los de nuestra generación, y probablemente se marcharía de Nueva York con un recuerdo de amargura.

“Bueno, Manuel, estás en Nueva York. ¿Qué querés hacer?”, le dije en el tono de quien domina los secretos de la vida, a los 20 años, y está dispuesto a revelarlos a cambio de una maravillosa cerveza helada.

Mientras caminábamos silenciosamente por Park Avenue e íbamos dejando atrás la silueta gris de los edificios, Manuel se lo pensó mucho antes de decirme, casi telegrafíame, en un susurro de clandestinidad: “Yo, lo que quiero es conocer un teatro de *vau-de-ville*”. Y vi cómo chispearon en ese instante aquellos claros, grandes, impresionantes ojos negros. Y su expresión adusta se dulcificó con una media sonrisa, pero no más de media sonrisa, como pidiendo perdón por ser banal, por permitirse, él, el revolucionario, el hombre de partido, una pequeña debilidad justo antes de que el mundo se nos cayera a pedazos.

Probablemente, en aquel momento, yo ya era capaz de identificar cualquier club de ajedrez de Manhattan o de desempolvar hasta el último estante de Gotham Book Mark, pero no conocía un maldito *vaudeville* ni un *burlesque*. Sin embargo nos fuimos a buscar la noche.

Manuel seguía a mi lado mis movimientos, seguro de que nos adentrábamos en el corazón del Nueva York de sus sueños. Juntos quizá haríamos unos 10 dólares, no mucho más, y después de dar vueltas un rato terminamos en un antiguo cine de la calle 42 que ya había pasado sus mejores años en la época del *nickelodeón*.

En el exterior se amotinaba una cola de marineros dispuestos al abordaje y yo me imaginé que aquello, si cabía en algún género teatral, sería cabaret, *burlesque*, comedia musical o algo suficientemente parecido a lo que Manuel quería y barato como para pasar el momento y despedir al camarada “que se iba a la guerra”. Nos colocamos en la fila que se deslizó rápidamente por los pasadizos estridentes y Manuel me siguió tímidamente, empujando por un público que se impacientaba, hasta que ingresamos a un semicírculo iluminado por candilejas que teñían, con un aire romántico, la atmósfera en rojo y dorado del viejo teatro Rex.

El estrecho escenario estaba virtualmente sitiado por marineros de todos los pelajes y las nacionalidades y Manuel y yo, a duras penas, logramos ocupar la tercera fila; pero nos seguieron empujando hasta estrellarnos contra la primera y de ahí no nos movimos. Manuel se quitó ceremoniosamente el sombrero, se sentó en una butaca que le quedó grande, dejó que su cuerpo se relajara espasmódicamente en una media sonrisa, no más de media sonrisa, se alisó el traje entero y la corbata, y se depositó en su propia incomodidad, lo más cómodo que pudo, que no era mucho, en espera del espectáculo.

La luz evanescente, sin embargo, no tardó en dispersarse en el resplandor quemante de la boca del escenario que se encendía en una fanfarria que despertó instantáneamente el furor marinero. Los gritos y la música festejaron el desembarco victorioso de una columna de muchachas en traje de baño. La música de una orquesta de jazz más ruidosa que melódica se mezcló con el denso ambiente de *bourbon*, cigarrillos y sudores. Las muchachas em-

pezaron a desnudarse y a lanzar hasta su propia dulzura a un auditorio de lobos de mar que aullaba, gritaba, se ponía de pie y subía al escenario en una excitación loca que, sin duda, era la única forma de sobrellevar la tensión de aquella *preguerra* que estaba llegando a su fin. Yo me concentré en la función con entusiasmo, pero no pude evitar seguir por el rabillo del ojo el crispado desasosiego de Manuel.

Sin saber muy bien qué hacer con las manos, dificultad que los marineros habían resuelto a la perfección masturbándose con la gorra y lanzándola luego al aire enrarecido de la sala, Manuel seguía la escena completamente cubierto de sudor, un sudor frío y nervioso que había empapado su único traje, su única camisa Arrow, prestada por otro diputado para realizar “decentemente” el viaje, y con dificultad se sostenía en el borde mismo de la butaca, alzando los pies con delicadeza, como si temiera desbarrancarse él también y caer en medio del escenario o en brazos de alguna de aquellas mujeres que intentaban desprenderse de todo lo que podían, con frenética pasión, y se lo arrojaban a uno a la cara.

Yo me sonreí de comprobar la utilidad de las gorras de los marineros y el trance difícil del camarada Mora y me ofrecí para buscarle una cerveza, pero él saltó de un resorte de la butaca y se adelantó a mí. Cuando íbamos por el oscuro pasillo de salida y todavía se apreciaban los hurras de la soldadesca fuera de control, Manuel trató de hacerse oír por encima del ruido y como no pudo me gritó: “Mejor nos vamos”.

Deambulamos por la 42 sin rumbo fijo mientras Manuel tomaba el fresco y se tranquilizaba y yo me reía sin prisas, aguardando poder encontrar una salida en la noche sin esquinas. Caminamos un rato en silencio, dejándonos absorber por una ciudad hecha a escala de los gigantes y en la que, sin embargo, uno podía perderse sin riesgo de ser aplastado por la perspectiva. Manuel no me habló durante un buen rato, absorto en la contemplación de su propio asombro, pero, repentinamente, como viniendo de un largo viaje de vuelta desde sí mismo, soltó palabra: “Mirá, en realidad, antes de irme a España, quisiera comerme uno de esos melocotones que vienen *en conserva*”.

“¿Qué querés?”, dije yo a medio camino entre la risa y la angustia. Pero él me respondió con una determinación muy suya: “En Europa deben ser imposibles de conseguir y en Costa Rica son muy caros”.

Empezamos entonces un recorrido por las pocas cafeterías abiertas a esas horas y aunque recorrimos varias cuadras ninguna incluía en su menú un platillo tan exótico. Entonces me acordé de un viejo italiano anarquista que mantenía abierta, hasta medianoche, una pequeña tienda de abarrotes cerca de Wall Street. El tendero estaba cerrando pero a regañadientes aceptó darnos una lata con tal de que no le pagáramos sino hasta el día siguiente. Creo que aún debo esa cuenta.

Manuel se puso feliz. Era una lata de melocotones Libby's.

Fuimos al antiguo hotel Kennedy, que ya fue demolido, donde Manuel se había instalado muy modestamente. La habitación, al final del pasillo del segundo piso y con una de esas escaleras de incendios que solo se ven en las películas, no tenía baño propio sino solo un lavabo. Yo bajé de vuelta al vestíbulo por “un chunche con que abrir esa carajada” y el portero nocturno se apiadó de nosotros y a pesar de las disposiciones de la administración me facilitó casi todo lo necesario para un *picnic* de madrugada: un abridor herrumbrado, unas servilletas y una cuchara.

Nos comimos los melocotones en la misma lata, por turnos, bajo la luz escuálida de una bombilla, engullendo aquel manjar con ruidosos sorbos, y cuando solo restaba un poco de almíbar en el envase, le entregué a Manuel Mora el pasaje de vuelta. El pasaje de ida. Se limpió la boca con los puños de la camisa, con solemnidad y una pulcritud y economía de movimientos que, en aquel tiempo o al menos en mi casa, se denominaba *decencia*; apartó los gruesos aros de carey y se puso a estudiar el *ticket* como quien analiza el primer tomo del *Capital* o los planos de una batalla militar inminente antes del amanecer.

En ese larguísimo minuto yo le pasé de nuevo los lentes y él repasó aquel papel con la vista y con rítmicos e intermitentes movimientos de su cabeza. Apretó el rostro con tensión y vi como las venas de su cabeza concentrada se afinaron un poco más. Apenas un poco más. Por primera vez escuché que la ciudad, que la gran ciudad, dormía.

Sin inmutarse terminó de sorber el resto de la lata, muy despacio se quitó los anteojos, casi con delicadeza, y en ese instante descubrí, recordé, sus transparentes 28 años. Nos llevábamos apenas una década de diferencia, pero en realidad entre Manuel y el resto de nosotros había muchos más años o tal vez no serían años, sino solo tiempo.

Manuel Mora tenía 28 años. Se frotó silenciosamente los ojos cansados, me miró un instante y se inclinó sobre las instrucciones de la lata. Solo pestañeó una o dos veces más, tal vez por la emoción, antes de decirme con sus ojos repentinamente aclarados: “Son Libby”. Y se sonrió con aquella media sonrisa que duró apenas una fracción de eternidad.

París, a finales de 1994

MORA POLITICA Y ESTILO

Detrás de

y de ese

Benemeritazgo no

está sólo su

contribución

personal, buena

por sí misma para

merecerlo, sino

que en él se

reúnen miles de

hombres y

mujeres.

RODOLFO CERDAS

El otorgamiento del benemeritazgo a Manuel Mora, tiene la virtud de evocar una época y una manera de hacer política que merece una reflexión mucho más madura y equilibrada que la que ha tenido hasta ahora. No merece su memoria, que es la de muchos buenos costarricenses que lucharon a su lado y que como él pelearon por sus convicciones, la afrenta de la alabanza oportunista que quiere medrar a su sombra; ni mucho menos la torpe mezquindad de quien por fanatismo o por tapar sus propias faltas, pretende disminuir su figura y su obra. Ambos extremos en la valoración de un personaje histórico como éste son indeseables; y dificultan establecer una tradición sólida más allá de las pasiones del momento.

Poco se escribe y mucho se habla del estilo político de nuestros dirigentes. Conocemos por la tradición verbal las historias de don Ricardo Jiménez y de don Pepe; de don Otilio y de don Cleto. Pero cuando vamos a las fuentes escritas, nos encontramos que pocos se han preocupado por rescatar esa dimensión tan decisiva y crucial para la función educativa de un político. Y es que a través de los discursos y los escritos de los dirigentes y líderes se logra filtrar una enseñanza que puede ser la del odio y el resentimiento, como la que ayudó a crear el clima de la guerra civil de 1948; o una pedagogía dirigida a despertar una conciencia, más que dormida, aplastada por el peso de la marginación social de amplias capas de la población.

De esto último, junto con otros grandes costarricenses, se encargó Manuel Mora, aunque desde una vertiente definidamente marxista. El Congreso de la República, a inicios de los años 30, vio entonces el choque de ideas y la brillantez del entonces muy joven personaje, que a base de estudio, coherencia y agilidad mental se constituía a brazo partido en vocero de un sector social que irrumpía con fuerza en la política nacional. Primero, en una lucha abierta contra un medio de señores consagrados, acostumbrados a una política sin sociedad; y luego, en favor de una orientación de honda raigambre social, que buscaba consolidar una hegemonía en el movimiento obrero y popular organizado, y alcanzar amplias reivindicaciones sociales y políticas que profundizaban la democracia costarricense.

Pasa a la página 4

ANCORA

EDITORA

AURELIA DOBLES TREJOS

CONSEJO EDITORIAL

MARÍA ELENA CARBALLO, CARLOS
CORTÉS, AURELIA DOBLES,
CARLOS FRANCISCO ECHEVERRÍA,
EDUARDO ULIBARRI

COLABORADORES

CARLOS CORTÉS, RODOLFO
CERDAS, RODRIGO SOTO,
WILLIAM VENEGAS

DIAGRAMACIÓN

RICARDO KANDLER

DIRECCION ELECTRONICA:

www.nacion.co.cr/ancora

MANUEL MORA POLÍTICA Y ESTILO

Viene de la página 3

Es interesante recordar cómo las intervenciones de Mora comenzaban con suavidad, casi inaudibles; su voz era profunda y grave, con un alcance notable que llegaba a distancias sorprendentes en una época en que el uso de micrófonos era bastante excepcional en las plazas públicas. Quizá por ello, los oradores comunistas de entonces nos hacen evocar la figura y estilo de Dantón, el gran orador revolucionario francés, aunque ninguno de ellos como lo hacía Manuel Mora, ya con la mano sobre su cabeza alisándose el cabello; ya empujándose sus anteojos, de tiempo en tiempo, hacia el entrecejo. Miraba al público fijamente a través de sus grandes gafas, buscando establecer un ligamen directo con quienes lo escuchaban. Usaba las pausas para pasear sus ojos inteligentes sobre la audiencia y subrayar la importancia de los conceptos que estaba explicando; y, con un gesto impaciente de su mano, frecuentemente frenaba los aplausos para que no se interrumpiera el hilo conductor de su exposición y razonamientos.

Bajo ningún concepto menospreciaba a su público. Su punto inicial de partida era el reconocimiento de que el pueblo era capaz de entender los problemas más difíciles, si estos se le explicaban con claridad y científicamente. Por eso, con un manejo privilegiado de la categoría de totalidad, sus intervenciones tenían normalmente una doble dimensión: la nacional y la internacional; porque para Mora el concatenamiento universal era una clave explicativa de los fenómenos políticos más importantes. De allí que sus discursos fueran como clases magistrales, a las que acompañaban el silencio y la atención más profunda de sus oyentes, que sentían que estaban aprendiendo las claves sociales y económicas que les daban sentido y razón de ser a sus vidas fragmentadas.

No debe sorprender, entonces, que no sólo los intelectuales comunistas sino los zapateros, ebanistas, albañiles, sastres y demás resultaran verdaderas autoridades en temas de política internacional; que conocieran los personajes y los acontecimientos mundiales y nacionales; que se adentraran en literatura y calidad de autores como Romain Rolland, Gorki, Rómulo Gallegos, Ciro Alegría y Howard Fast, y que cuestiones hoy consideradas cuasi-esotéricas y propias de políticos iniciados, como serían el presupuesto, las letras del tesoro y el valor de la moneda, en asuntos nacionales; o las alianzas entre potencias, los preparativos de guerra, la negocia-

ción de la paz, etc., en materia de política mundial, fueran comida diaria en talleres y centros de trabajo donde actuaban los militantes más humildes de su partido.

No es de extrañar, tampoco, que con esa visión pedagógica de su responsabilidad política en la vida nacional, el instrumento más poderoso de su capacidad polémica no fuera la procacidad, el insulto o el agravio, sino el uso que hacía de su lógica implacable. Esta, hábilmente, llenaba todos los requisitos de la más estricta lógica formal cuando le convenía, destrozando a su adversario en sus propios términos de razonamiento; y se convertía en férrea lógica dialéctica marxista, cuando se trataba de romper un supuesto sentido común que, en muchos casos, no era otra cosa que el aferrarse al prejuicio de lo existente.

El balance de su estilo es también el balance de su obra. Más allá de las diferencias profundas que pudieran tenerse con él y con su manera de pensar y ver el mundo; al margen de sus identificaciones ideológicas y políticas con experiencias históricas que hicieron crisis y se hundieron con la historia; sin negar la gravedad de muchos errores cometidos que, en su mayoría, él fue el primero en reconocer; ni tampoco obviando los resultados políticos negativos de una dinámica objetiva de lucha que acarrea consecuencias deseadas e indeseadas; pienso y tengo para mí que este país estaba en una deuda profunda con él y con las capas obreras, laborales e intelectuales que él representó en la lucha social y democrática de Costa Rica.

Porque detrás de él y de ese Benemeritazgo no está sólo su contribución personal, buena por sí misma para merecerlo, sino que en él se reúnen miles de hombres y mujeres. Algunos ya distinguidos con reconocimientos nacionales como Carlos Luis Fallas, Carmen Lyra, Fabián Dobles y Joaquín Gutiérrez; otros, forman una fila interminable de héroes anónimos que, en los banales y en el taller; en la oficina o en el campo de batalla, en cada momento de su lucha estuvieron anuentes, como él, a sacrificar su vida y su bienestar por lo que creían era el beneficio de este pueblo. Esto lo hicieron de una manera muy costarricense, bastante distinta de como tuvo lugar en otros países y sociedades, donde la violencia, el crimen y el genocidio hicieron su agosto. En Costa Rica, con Manuel Mora a la cabeza, todos estos hombres y mujeres lo lograron mediante una lucha organizada, consciente y responsable, que culminó con la profundización y consolidación definitiva de la democracia social y política. ↴